

CAPITULO V.

La Meditacion.

Era la misma noche en que dejamos al esposo de la afligida Elisa preparándose para ir á jugar á la feria de Tlalpam, y pocas horas despues de que vimos salir á Leopoldo y Nuñez hácia la casa de su amigo Rafael.

Una trasparente vela de esperma, en un brillante candelero de plata, iluminaba un gabinete amueblado con lujo y exquisito gusto. Un magnífico espejo con preciosa luna de Venecia descansaba sobre una mesa de madera de rosa, de un trabajo delicado: un confidente y sillas de la misma exquisita madera, con asientos de damasco

de seda azul, con flores blancas, formaban agradable consonancia con el rico empapelado de las paredes que imitaba un realzado terciopelo, matizado de primorosos colores: bellísimos grabados de un mérito artístico sobresaliente con marcos dorados, representando los mas notables episodios de la vida de Napoleon, colgaban en gruesos cordones de seda, de la vistosa pared: una mullida alfombra de Persia cubria el terso pavimento: rinconeras de admirables labores con lujosos floreros de cristal, ocupaban los cuatro ángulos: del cielo raso, pintado al temple por un inteligente artista, pendia una elegante lámpara de alabastro de primorosa hechura: sobre una mesa de mármol blanco, colocada en medio de la pieza, descansaba un reloj de una forma especial, en que navegaba una goleta con las velas desplegadas; y delicados transparentes con bellísimos paisajes campestres, velaban las dos puertas vidrieras que comunicaban con un espacioso corredor, cubierto de macetas de raras y exquisitas flores.

Sentada detras de la vidriera, y contem-

plando tristemente la luna, se veía una joven hermosa como la esperanza, y dulce y apacible como los ensueños de la infancia.

En su apacible y ovalado rostro, se retrataba la profunda melancolía, asociada íntimamente al dolor y á la resignacion.

Un traje blanco de primoroso corte, con adornos azules, envolvía las gallardas formas de su flexible cuerpo; una guirnalda de pequeñas flores artificiales, también blancas y azules, para que guardasen armonía con el flotante vestido, resaltaba sobre su abundante y negra cabellera que azuleaba con los rayos de tibia luz que la luna enviaba al través de los limpios cristales que en aquel momento tenían alzado el trasparente: un hilo de lucientes perlas, cerrado por delante con una cruz pequeña de brillantes, adornaba su nevado y gracioso cuello que se elevaba poético y airoso sobre sus ebúrneos y redondos hombros, velados por un finísimo pañuelo de vaporosa gasa: sus blancos y torneados brazos se veían adornados por elegantes pulseras de preciosas piedras turquesas que, por su color azul,

había preferido para que formase uniformidad con el resto de sus adornos: su pequeño pié estaba perfectamente calzado por un zapato blanco de primorosa hechura; y su linda y torneada mano sostenía un precioso abanico, que al cerrarse, formaba un ramillete de flores blancas y azules, que era el color favorito de aquella simpática joven, color que simbolizaba la inocencia y virginidad de su alma sin mancha.

En perfecta consonancia con su vaporoso y delicado traje, se encontraba el limpio firmamento.

Azul era el inmenso toldo que cubría el mundo, y blancos los globos de luz que como diáfanos brillantes bordaban la alfombra de los cielos.

Parecía que los fúlgidos astros que cintilaban en la celestial techumbre, y la blanca y misteriosa luna que presidía las silenciosas horas de la noche, enviaban una mirada de amor y de ternura á aquella hermosa joven, que en actitud melancólica, y con los ojos fijos en la bóveda esplendente, parecía

demandar consuelo y compasion para sus penas.

La flor del granado, el D. Juan de Noche-la suave azucena, la fragante rosa y el con-vúlulus nocturno, especie de campanilla que abre sus flores en las tinieblas, y que en pintados tiestos convertian el espacioso corredor en un ameno pensil, enviaban su regalado aroma en alas del blando céfiro que, penetrando por la vidriera que habia entreabierto la pensativa jóven, perfumaba su delicioso recinto, y acariciaba en suaves ondulaciones, las ligeras cintas de su flotante ropaje.

Nada alteraba la tranquilidad de esta contemplativa escena.

Todo yacía en sepulcral silencio.

Solo de vez en cuando interrumpia aquel misterioso recogimiento que envolvia la creacion, el sentido canto del trovador de las selvas, los amorosos concertos de un canoro *cenzonile*, que significa *cien lenguas*, infatigable pájaro que, descansando sobre el palo de una jaula que pendia del techo del corredor, se complacia en repetir lige-

ros trozos de varias sonatas populares que le habian enseñado.

Pero para la melancólica jóven, ni los sentidos trinos del ave, ni el embriagador aroma de las modestas flores, encerraban atractivo alguno.

Su mirada estaba fija en el cielo, y de sus frescos y virginales labios parecia enviar envuelta en su balsámico aliento alguna misteriosa súplica que remontándose sobre la luciente luna, cruzaba de astro en astro hasta llegar al refulgente trono de las misericordias.

Tan absorta estaba en la contemplacion del seductor planeta que conmovia su alma, que no fijó la atencion en un jóven que, oculto detras de las macetas, y sin apartar los ojos de ella, la miraba hacia un gran rato, de hito en hito.

Aquel jóven no perdía ni uno solo de los movimientos de la hermosa.

Parecia haberse colocado allí sin otro fin que el de sorprender en los cambios que se operasen en la franca fisonomía de la cándida vírgen los secretos de su corazon.

Pero aquel interes era, al parecer, sincero, tierno y amoroso.

Aquella fisonomía noble y expresiva, no podia ser la falaz careta de bastardas y mentidas pasiones, sino el limpio espejo de una alma modesta, leal y generosa.

De repente lá hermosa pareció estremecerse; en su angélico semblante se dibujó el tinte de un sentimiento profundo; su deliciosa boca se entreabrió melancólica, y sin que ni sus oídos mismos pudiesen percibir el mas leve rumor de su acento, pronunció mas bien con el corazon que con los labios, estas breves palabra:

—¡Me ha olvidado, sí.....! me ha olvidado para siempre, en tanto que mi memoria solo está despierta para él..... para él que me ha engañado..... para él que con su ingratitude ha desvanecido todos mis ensueños de felicidad y ha desgarrado mi corazon.....! ¡Nuñez.....! ¡Ah.....! ¡si tú supieras cuanto te amo.....! ¡Pero no..... los hombres no son capaces de comprender los firmes quilates del amor de la mujer.....! ¡Ellos no saben que cuando la mujer ama,

ama con toda verdad, con toda su alma..... con todas sus potencias.....! ¡Ellos no conocen nuestro corazon, ni saben los tesoros de invariable amor que encierra.....! ¡Nuñez.....! ¡caró objeto de mi inestinguible pasion.....! ¡dónde te ocultas.....? ¡Por qué no vuelas al lado de esta infeliz mujer que ruega incesantemente al cielo por tu dicha.....? ¡Si tu amor no me perteneciese ya.....! ¡Si amases á otra.....! ¡Oh.....! ¡esto me haria padecer mucho....! ¡mucho....! ¡y acabaria con mi vida.....!

Y la jóven miró al cielo con una mezela de espanto, de dolor y de fervorosa súplica, que conmovió profundamente al sér que la observaba en religioso silencio.

De sus hermosos ojos, claros como su conciencia, rodaron suavemente dos lágrimas que bañó con sus pálidos rayos la misteriosa luna.

El corazon del jóven se comprimió horriblemente dentro del pecho al ver rodar aquel llanto por el apacible semblante de la vírgen.

—¡Cuánto padece.....!—exclamó para sí

enternecido:—¡Oh...! ¡mi existencia entera diera por ahorrarle el mas ligero pesar....!

Y se quedó mirándola tristemente, con esa indefinible mirada llena de interes y de cariño que no se debe describir, porque intentar lo sería desvirtuar el espiritualismo, la unción celestial del alma.

La jóven volvió á quedar en profundo silencio contemplando extasiada el brillante libro de la creacion donde leia la grandeza del Hacedor Supremo y el triste recuerdo de su venturoso pasado.

El soplo lisonjero del blando céfiro im-
pregnando sus ligeras alas en los tiernos cálices de las modestas flores, seguia embalsamando el ambiente que respiraba la hermosa en su adornado gabinete.

El astro de la noche, tranquilo y magestuoso, continuaba resbalando su plateada luz por el celestial semblante de su triste admiradora.

Los millones de estrellas, que cual otros tantos ojos de la Providencia, brillaban en el inmenso espacio, parecian mantener con

ella una correspondencia íntima y secreta de amorosos sentimientos.

El cantor de los bosques vírgenes de América, el canoro ceniztli, seguia dando al viento con melancólicos trinos, las notas mas tiernas de la sonatas populares.

El corazon de la hermosa jóven palpitaba conmovido por los dulces sentimientos que despertaban en su alma los misteriosos objetos de que se veia rodeada.

¡Cuántos recuerdos de amor y de ventura, de tiernos juramentos y de felicidad sin término, de cariñosos suspiros y de miradas dulcísimas, despertaban en su sensitivo pecho aquellos globos de luz que, mudos testigos de su pasión, le habian visto en una época, no lejana, al lado del hombre que le habia hecho soñar con un mundo de inefables delicias....!

Entregada al éxtasis delicioso de sus ternísimas memorias, y contemplando arrobada las maravillas del ancho firmamento, en cada ligera sombra que velaba la blanca luz de algun astro, bebia el desengaño que

eclipsaba el sol de sus amores, y un reguero de esperanza y de consuelo en cada estrella que, rasgando la importuna nube, aparecía cintilando con mas fuerza.

El perfumado céfiro que besando el pétalo de las flores iba á acariciar los suaves rizos de su negra cabellera, llevaba á su oído un juramento de amor en cada soplo, y un poema de felicidad en sus aromas.

Amaba, y para el que ama todo respira amor, y le recuerda las escenas mas dulces de la vida.

Las flores, las aves, las fuentes, los rios, los valles y los montes, todos aman para él, porque el amor es el paraiso terrestre de la vida; y el conjunto de todos los seres, de todas las plantas y de todos los planetas, no es otra cosa que las multiplicadas letras que forman el libro universal que contiene el canto del amor.

Cierto es que el amor tiene sus dolores; pero tambien la balsámica flor tiene sus espinas.

El mar sus borrascas.

El cielo sus tempestades, y el radiante sol sus eclipses.

Pero ¡qué poema, por dulce y florido que sea, no tiene algun lunar que le oscurezca?

Las aves y las flores que viven felices en medio de los campos y cuya existencia es un idilio de amor y de inocencia, en cada pluma ó pétalo que les arranca el austro abrasador, lloran, las primeras, una ilusion perdida, y las flores un funesto desengaño!

¡Y cuántas hojas no tiene que llorar el hombre, arrancadas de la flor de sus amores.... del libro de la vida....!

La jóven, pues, que nos ocupa, lloraba como todo llora, lo mismo que ama, en la naturaleza.

¡Amar y llorar es el destino de la criatura en la tierra....!

Quien no llora y no ama, es un desgraciado que tiene seco y cerrado su corazon á los mas nobles afectos del alma... á la compasion, á la ternura.... á la caridad.... á los goces inefables con que Dios ha dotado al hombre para elevarle sobre todos los demas seres de la tierra....!

Las lágrimas que bañaban el pálido semblante de la hermosa, eran para el jóven que la contemplaba oculto entre las flores, los sentidos caractéres en que leía los interesantes y puros sentimientos de su corazón tierno y virginal.

Conmovido por aquel llanto, que á sus ojos descubria secretos íntimos en que estaba iniciado, miró á la hermosa con un interés profundo de amorosa compasion; sintió oprimírsele el pecho con el peso de una pena violenta; miró al cielo como elevando una súplica ferviente; se retiró del sitio que ocupaba; sus labios se entreabrieron con melancólica expresion, y formularon estas breves palabras.

—¡Es preciso consolarla.....!

Y sin detenerse un instante, se dirigió hácia la puerta de entrada que daba al gabinete, á la cual llamó con suaves golpes.

—¿Quién es?

Preguntó la hermosa desde adentro tomando otra actitud.

—Yo, querida amiga.

Contestó el jóven con acento dulce y melodioso.

—Pase vd. adelante.

Dijo la hermosa reconociendo la voz del que esperaba.

Este abrió la puerta, y penetró en el gabinete, haciendo un saludo natural y respetuoso.

Iba perfectamente vestido y en traje de etiqueta: en su mano, cubierta por un finísimo guante de cabritilla blanco, sostenia graciosamente del ala un sombrero flamante, negro, de última moda: su fisonomía era dulce y expresiva; sus ojos oscuros y rasgados, de un mirar tierno y amoroso; su cabello, que lo llevaba peinado con suma gracia, era castaño y ondulado, suave y brillante como la seda; y su cuerpo y todos sus modales, los de un hombre de buena sociedad y de esmerada educacion.

La hermosa le tendió la mano con afabilidad, y le indicó que tomase asiento.

—Tiene vd. muy pálido el semblante:—dijo el jóven, mirándola con respetuoso in-

teres y tierna melancolía:—¿Está vd. mala, Soledad?

—Sí, D. Félix, estoy mala:—contestó con sentimiento la hermosa—Pero mi mal es de tristeza.... de desencanto y de amargura....! Vd. que me salvó del poder de un infame raptor; vd., cuya excelente madre, me cuidó con el afán y asiduidad que se dispensa á una tierna hija; vd. que ha cumplido con el encargo que le hizo al espirar de que me dispensase el cariño y la protección de un hermano, que me ha visto llorar noche y día por el hombre de cuyo lado me arrebataron la víspera en que debía unirme á él para siempre; vd. que para con todos pasa por mi bondadoso primo, siendo en realidad el ángel de mi guarda.... que conoce la invariabilidad de mis sentimientos.... que sabe el secreto de mi corazón.... que amo al sér á quien nunca he olvidado.... á quien creía muerto, pues nadie me supo dar noticia de él, y cuyo inesperado encuentro me hizo ver abiertas las puertas de mi felicidad, para que su olvido me arrojase á la sima del dolor.... vd. que no ignora nada

de esto, comprenderá la fuerza del sentimiento que me agobia.... que me acompaña á todas horas.... que no me deja un solo instante....!

Don Félix se conmovió profundamente, contuvo los latidos de su corazón, y contestó dulcemente.

—Pero ¿está vd. segura de que era él...? ¿No pudo ser otro jóven que se le pareciese?

—¡Ah...! ¡no, D. Félix! ¡era él... era Nuñez...! Mis ojos le examinaron, mi corazón le reconoció.... y el corazón de la mujer no se engaña....!

—¡Cuánto le ama....!

Exclamó tristemente para sí D. Félix.

El lector extrañará que siendo Adela el nombre de la mujer que Nuñez amaba, se presente Soledad como el sér á quien debió unirse; pero su extrañeza acabará cuando le digamos que Adela adoptó el segundo nombre desde el instante en que se vió arrebatada por los que destruyeron su felicidad.

Sí; y este nombre que abrazó, y que después siguió usando por motivos que mas

adelante conocerá el lector, era con el que le conoció D. Félix, el cual ignoraba que tuviese el de Adela.

Don Félix, despues de haber guardado un instante de silencio, y dominado por el aprecio que consagraba á la jóven, añadió en voz alta:

—¿Y no le ha vuelto vd. á ver?

—Una sola vez desde ese dia: he esperado horas enteras colocada detras de la vidriera del balcon, con solo el objeto de ver si pasaba por la calle, y nada.... ¡no he tenido esa felicidad!

—Tal vez ignorará que vive vd. aquí.

—No, D. Félix; porque cuando él, que me habia venido siguiendo, me vió entrar en esta casa, y se detuvo en la esquina, yo salí al balcon, y le indiqué que esta era mi habitacion.

—No comprendo entonces qué motivo haya influido en un cambio tan repentino.

—¡Su amor á otra sin duda....! Sí, D. Félix, ¡su amor á otra...! ¡aquel amor que embalsamaba mi soledad y mi encierro, cuando me alimentaba la esperanza de que pen-

saba en mí.... de que lloraba mi desaparicion... de que me amaba como yo le amaba... como le amo aún.... como le amaré á pesar de su ingratitud....!

Y los ojos de la hermosa se anegaron de lágrimas.

El jóven se estremeció, y una sombra de tristeza y de dolor se dibujó en su semblante.

—Pero eso no puede ser:—Dijo Félix tratando de desterrar su melancolía y de consolarla.—Si ese cambio inconcebible se habia operado en su alma, ¿qué objeto tenia el seguirla á vd. sin perderla un instante de vista....?

—Satisfacer una pueril curiosidad, y nada mas....!

—Pero ¿para qué fueron las significantes demostraciones de amor que dirijió á vd. al ausentarse?

—Para saber si yo le amaba. Si le hubiese contestado negativamente, tenia un motivo poderoso para culparme, y un pretexto legal para sincerarse con el mundo, diciendo que yo habia sido la primera en que-

brantar mis antiguos juramentos; pero como vió patente mi pasión, como conoció que el tiempo, lejos de entibiar mi amor, le habia prestado mas fuerza y energía, creyó, sin duda, que el partido mas prudente era alejarse de mí... no volverme á ver jamas... dejarme condenada para siempre al llanto y al dolor....!

Y Soledad se enjugó las lágrimas.

La infeliz acusaba de voluble á Nuñez, que moria de amor por ella.

Al hombre que, por guardarla fidelidad, habia renunciado al placer de verla, creyéndola una semejanza de la mujer que amaba.

—¡Oh....!—exclamó Félix con un fœgo y entusiasmo indescriptibles:—¡eso es imposible....! El hombre que ha tenido una vez la dicha de contemplar.... de admirar su angelical figura.... de comprender su mérito, y de conocer sus virtudes... no puede olvidar á vd.... no puede amar á otra mujer.... no puede ser feliz sin su amor....!

—Eso le parece á vd., D. Félix, que me

ve con los ojos del cariño de un bondadoso hermano.... á vd., cuya indulgencia para conmigo es inagotable.... á vd. que me ama con la dulzura y benevolencia de un bienhechor, y no con las exigencias de un amante.

—¡Es verdad....!—contestó Félix tristemente:—¡Yo no amo á vd. mas que como un hermano... y no debo amarla de otra manera....! ¿No es esa mi obligacion?

—¡Oh! ¡gracias, gracias.... generoso Félix! ¡Ah! yo tambien le amo á vd.... Si; le amo con el cariño de la mas reconocida hermana....!

Félix sintió discurrir por todo su cuerpo un fluido extraño que entorpeció su respiracion, hizo desfallecer sus miembros y anudó su garganta: anhelaba la ventura de aquella mujer; deseaba que sus tormentos tuvieran un resultado feliz.... que hallase en el hombre que amaba la correspondencia á su pasión.... y sin embargo, cuando los nacarados labios de la hermosa pronunciaban el nombre de Nuñez y formulaban para

él solo palabras de amor eterno, el corazón de Félix se prensaba dentro del pecho como si le oprimiese una horrible plancha de hierro ó la losa del sepulcro.

En vano trataba el joven de explicarse esta contradicción que observaba en sus afectos.

—¡Por qué—se decía á sí mismo—si yo prefiero la dicha de Soledad á mi propia dicha, si deseo con todo mi corazón que el mundo entero contribuya á su felicidad, experimento al escuchar el nombre de Nuñez esa emoción profunda que me hiela la sangre y cubre de tristeza mi corazón? ¿Le aborreceré acaso á ese hombre que ningún daño me ha hecho, á quien no conozco, cuando él es el objeto único que puede labrar la ventura de la mujer mas buena de la tierra? ¡Ah! no....—añadió estremeciéndose;—eso sería una iniquidad.... un crimen...! Yo no debo aborrecer, sino apreciar aquello que ama y aprecia Soledad.... ¡Oh! y no le aborrezco, no.... Mi sentimiento nace sin duda de considerarme inferior á él para llenar el vacío del corazón del ángel

que me fué encomendado: reconoce un origen noble, no bastardo y criminal....!

Y Félix se quedó mas consolado, mas contento de sí mismo al persuadirse de que no era un sentimiento de envidia, sino de cariño fraternal, puro y desinteresado, el que le dominaba cuando escuchaba de los labios de Soledad que solo Nuñez en el mundo podía consolar las hondas penas de su alma.

La joven, que estaba muy lejos de sospechar en las reflexiones que ocupaban á su supuesto primo, al verle triste y pensativo, le miró tiernamente, le tomó una mano que la llevó contra su pecho, y le dijo con el acento mas dulce y cariñoso.

—¡Oh! veo que padece vd. al verme padecer.... venia vd. contento, y yo le he entristecido! Perdóneme vd.... ya no volveré á hablar de mis padecimientos.... Conozco mi imprudencia y que no he hecho hasta ahora mas que abusar de la benevolencia de vd.... Sin embargo, esa imprudencia reconocia un origen noble.... No tenia mas que á vd. sobre la tierra que me inspirase